

## ULTIMAS TENDENCIAS DE LA INVESTIGACION DE LA CONDUCTA VIOLENTA

FRANCO FERRACUTI\*\*

LA conducta violenta, en su fenomenología variada y de amplio alcance, provoca gran interés entre los investigadores dedicados a diversas disciplinas. Durante los últimos veinte años ha habido un destacado aumento en los informes de investigación y en los postulados teóricos relacionados con este problema, y los recientes acontecimientos hacen ver aún más a los científicos la necesidad de aunar los esfuerzos con miras a poner coto a esta clara y trágica tendencia de agredir, pelear, destruir, que parece figurar siempre en los organismos vivos y que también aparenta formar parte, excepciones menores a un lado, de la trama moderna de cualquier sociedad.

Las tendencias principales de la investigación respecto a este tema brotan de diversas disciplinas y reflejan el hecho de que el problema de la violencia puede acometerse mediante múltiples conceptos. Con la siguiente ponencia intentaré discutir un "enfoque de muestra" de las recientes investigaciones conducidas en la materia y trataré de presentar el concepto de la subcultura de la violencia como ejemplo de un amago de investigación socio-psicológica integral.

Revisar la información impresa sobrepasaría los límites de mis conocimientos y del tiempo que se me ha otorgado, y resultaría inútil debido a las excelentes monografías de carácter general que han salido a la luz hace poco: por ejemplo, la de Scott (31), la de McNeil (22), la de Buss (11) y la de Berkowitz (9).

Ninguna disciplina en particular puede reclamar para sí un inte-

---

\* Ponencia presentada ante la Cuadragésimo-Primera Asamblea Anual de la Asociación Estadounidense, de Orto-Psiquiatría, Chicago, del 18 al 21 de marzo de 1964. Versión al español para la *Revista de Ciencias Sociales* por Pedro Juan Soto.

\*\* Médico miembro del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico.

rés primordial ni una exclusividad en cuanto al estudio de la violencia y la agresión. El problema tiene igual importancia para el psiquiatra que procura dominar la agresividad de sus pacientes, para el maestro que tiene que bregar con la violencia en las escuelas, para el psicólogo a quien se le pide diagnosticar y pronosticar la inclinación manifiesta hacia la violencia en situaciones clínicas de diversa índole, para el criminólogo que intenta clasificar y dar fe de las violentas actividades antisociales que caracterizan a la conducta criminal del delincuente adulto o juvenil. También se interesa en el problema el científico, el político, el diplomático, el planificador social y el teórico de las Ciencias Sociales que procura hacer valer unas tesis generales de conducta humana en el ambiente social.

Uno de los enfoques teóricos más populares respecto a la explicación de la violencia es el que preconiza la escuela psicoanalítica. Se concibe la agresión como el ejercicio de un llamado "instinto de muerte", un impulso instintivo de carácter agresivo en general. Freud mantenía que existe un instinto de orden somático hacia la agresividad, "un instinto activo hacia el odio y la destrucción". Este impulso elemental para el que Freud proporcionó un fundamento teórico fascinante, aunque carente de prueba, podría naturalmente modificarse por medio de su interacción con el opuesto "instinto de vida" y mediante la educación, la sublimación y la socialización de sus objetivos. Sin embargo, la fundamental explicación teleológica del fenómeno y las características aplacadoras de tensión que dejó ver en la conducta no sufrieron cambios. Para este planteamiento resulta elemental el aspecto de lo innato y la universalidad de su existencia. Una posición similar ha adoptado hace poco Ardrey, valiéndose de unos conceptos antropológicos dudosos, en un libro de mucha circulación, *African Genesis* (2), donde formula la hipótesis que la evolución del hombre se debe a sus actitudes agresivas letales y a su amor por las armas, cosas que el autor rastrea desde la fase *australopithecus* hasta el joven delincuente de hoy en la selva metropolitana.

Desde que Freud originó el planteamiento, los psicoanalistas han adoptado posiciones discrepantes. A veces han aceptado como buena la formulación original de un instinto de muerte, como lo han hecho K. Menninger (23) y Walder (34). En otras ocasiones han aceptado los aspectos instintivos a la vez que rechazado el concepto general de un "instinto de muerte", como Alexander (1) y Hartmann, Kreis y Lowenstein (21). Otros psicoanalistas, entre los cuales figura Saul (27), rechazan los aspectos "ingénitos" del instinto de agresión. Aunque, como de costumbre, se podría esgrimir una crítica variada contra la teoría que explica la agresividad en términos de "instinto",

me limitaré a repudiar en términos sencillos los aspectos de "ingénito" e "innato". Carecemos de una explicación biológica aceptable respecto al concepto del impulso ingénito de "agresión" y no hemos podido confirmar su existencia entre los muchos estudios realizados cuidadosamente en cuanto al comportamiento de los animales. Scott manifiesta al final de un análisis exhaustivo de experimentos con animales, que "no hay necesidad de pelear contra nada, ni en la defensiva ni en la ofensiva, fuera de lo que acontece en el medio exterior". Encontramos prueba de mecanismos fisiológicos que dominan la conducta de lucha, pero el estímulo debe provocarlo el medio exterior. Hasta ahora, la hipótesis psicoanalítica carece de confirmación y constituye sólo un interesante enfoque de investigación al cual no se le ha estudiado en gran escala y no ha tenido más que una escasa confirmación clínica de orden tautológico.

Los estudios médicos y biológicos han brindado datos parciales e incompletos en cuanto al problema de la violencia. Se han realizado varias investigaciones médicas de grupos homicidas, particularmente en el campo de la criminología, pero han carecido de valor. Entre los casos de homicidas por lo visto prevalecen los leptosomas o mesomorfos, y numerosos desórdenes biológicos, desde la hipertiroide hasta la hipoglicemia, pueden ocasionar reacciones agresivas. Aunque ciertas anomalías endocrinológicas y algunos síndromes neuropsiquiátricos pueden provocar de vez en cuando agresión y violencia, en los casos normales esta conducta parece no estar relacionada con las diferencias biológicas. El estudio de los Glueck respecto a los jóvenes delincuentes establece que la hostilidad, ligada en grande con la delincuencia, no difiere mucho entre los cuatro tipos de delincuentes y los no delincuentes clasificados con la somatotipia de Sheldon (19). Los estudios electroencefalográficos revelan una mayor proporción de anormalidades, con frecuencia de un carácter específico, entre los delincuentes violentos, particularmente entre aquellos que ejecutan un acto violento carente de motivación. No es posible aislar unos desórdenes biológicos consecuentes en este caso tampoco y esto refleja la incertidumbre de nuestro conocimiento en cuanto a los latentes mecanismos neurálgicos de la emoción en general y particularmente de la ira. Sabemos que la corteza cerebral ejerce dominio sobre la agresión hipotalámica y que en los animales el daño o la eliminación funcional de las amígdalas interrumpe definitivamente el dominio inhibitorio de la cólera. No podemos distinguir con precisión, por lo tanto, entre el miedo y la ira en un plano fisiológico. No hemos dado con prueba fisiológica alguna de estímulos espontáneos que aboquen a la lucha dentro del cuerpo de un organismo normal. Conlleva esto una importante observación: el cúmulo de las

motivaciones de la agresividad se encuentra fuera del organismo y, aun cuando puede haber diferencias individuales en la reacción ante los estímulos externos que inducen a la agresividad, estas características internas no pueden constar por sí solas como una explicación de la conducta agresiva. Nos vemos obligados a buscar en el medio social la causa de la agresividad. (31)

Un enfoque especial de la investigación científica de la violencia que debe discutirse brevemente es el que se vale de las pruebas fisiológicas para el estudio de los grupos de especímenes violentos. Hay muchos informes publicados, sobre todo en el campo de la criminología, que son productos del empleo de recursos psicométricos del tipo de proyección o de encuesta para intentar definir y describir una psicología "diferencial" del delincuente violento. (16)

Muchas de las investigaciones psicométricas tienen que ver con casos de homicidio. Con frecuencia estos estudios han sido mal planeados y mal realizados, y muestran defectos fundamentales en el diseño, en la muestra y en la administración. Del análisis de sus resultados obtenemos, sin embargo, el carácter general de una personalidad a la que caracterizan el egocentrismo y la falta de dominio emocional. Se puede describir al asesino como una persona explosiva, carente de madurez, hipertímica, a quien no le es posible entablar ningún contacto social. La persona muestra una falta de dominio consciente y una gran necesidad de gratificación inmediata de sus impulsos. Buss (11) ha reseñado cuidadosamente hace poco los estudios efectuados en torno a la evaluación de la agresividad mediante el uso de cuestionarios y de técnicas de proyección. Las pruebas Rorschach y T.A.T. aparentemente pueden distinguir entre los grupos de carácter extremadamente agresivo y los de tipo extremadamente inagresivo. Lo que se mide, sin embargo, es la agresividad en el comportamiento y no la agresividad de proyección. Las tendencias agresivas reveladas por los métodos proyectivos son al parecer aquellas que el individuo puede verbalizar, si se le pide que lo haga. Esto hace muy útiles a los recursos de proyección en el examen de conglomerados delincuentes, nada cooperadores, pero se reduce a la investigación a tomar en cuenta la "fuerza de hábito" que caracteriza a la agresión. Los cuestionarios y los inventarios, aunque de menor uso, parecen servir al propósito. El Inventario Buss-Burkee (11) muestra unas características prometedoras no sólo para evaluar la agresividad, sino también para clasificar con precisión los diversos tipos del comportamiento agresivo.

No se ha intentado relacionar a fondo la evaluación psicométrica de los rasgos agresivos con una teoría de la agresividad, sin embargo, y estos estudios no pasan de ser descriptivos y aislados. Sin duda

resultan importantes para el diagnóstico y la predicción de la tendencia a la conducta agresiva, y son medios útiles en varias situaciones clínicas, pero en general es poco el interés que despiertan y poco el valor que se les adjudica.

La hipótesis de frustración-agresividad (13) ha sido aceptada con facilidad por muchos sociólogos y psicólogos como un útil recurso de investigación. Representa un enfoque "clásico" del problema de la violencia y su carácter heurístico probablemente no ha sido igualado por el de ninguna otra teoría. No obstante, pocos psicólogos serían capaces de afirmar hoy que la presencia de la frustración aboca inevitablemente a cierta manifestación de agresividad. Con menos reparo se topa el planteamiento de que la conducta agresiva siempre da por sentado la existencia de una situación frustrante. La investigación científica acerca de la hipótesis frustración-agresividad no se lleva a cabo fácilmente, ya que es difícil echar a un lado una lógica que se mueve en círculos. Según ha indicado McNeil (22), "si el experimentador predice que un aumento de la conducta agresiva ha de estar determinado por un aumento de la frustración, no podrá entonces hacer uso de la conducta agresiva como prueba de que la frustración ha aumentado". Las formas de la frustración también varían mucho y lo mismo ocurre con la fenomenología de la reacción agresiva ante la frustración, como ha señalado Rosenzweig (25). Un reciente censo de los estudios realizados en torno a esta hipótesis, hecho por Berkowitz (9), proporciona una ventajosa re-definición de los términos esenciales. Esto ha resultado útil sobre todo para considerar la agresividad instrumental, interpretación que Dollard y sus colaboradores no incluyeron en su análisis, fuera de la agresividad reaccionante. De acuerdo con las definiciones de Berkowitz (9), "la *frustración* produce un estado emocional, *ira*, que aumenta la probabilidad de que se revelen las conductas motivadas por impulsos, específicamente la *agresión*". La probabilidad de que se manifieste la agresividad depende, sin embargo, de la presencia o la ausencia de medios que restrinjan los actos hostiles, agresivos. La fuerza (y la calidad y la fenomenología, añadimos) de las reacciones agresivas que brotan de una frustración debiera ser "una función conjunta de la intensidad de la ira y del grado de asociación entre el instigador y la señal para el descargo". Este nuevo planteamiento, con su percepción de la importancia de los estímulos externos, los cuales en casi todos los casos pueden equivaler a los determinativos sociales, con su percepción de la fase de aprendizaje y de las reacciones diversas de la frustración, constituye una feliz mejoría del rígido proceso mecánico que primero se presentó en el trabajo de Dollard y sus colaboradores (13). El aspecto perceptivo se plantea con la fórmu-

la frustración-agresividad, lo cual afecta directamente la definición del fenómeno como frustrante y determina el tipo de la reacción. Como veremos más adelante, este enfoque perceptivo, cuasi-existencialista, de la frustración permite pensar en la esperanzada integración con tales enfoques adicionales como el de la hipótesis subcultural.

Otro conjunto de investigaciones de Berkowitz (9, 10) provoca un gran interés de orden práctico y debe tratarse brevemente. El concepto de la catarsis representa un factor importante de las investigaciones referentes a la agresividad y a la violencia. Desde el postulado inicial de Aristóteles hasta las más recientes hipótesis de Freud y la preocupación actual respecto al efecto de la violencia televisada y cinematografiada en los niños, persiste el parecer de que la dramatización de la violencia no sólo no conduce al espectador a realizar actos violentos, sino que más bien puede ejercer un efecto positivo mediante una reacción que libra al espectador de sus impulsos agresivos. Las opiniones respecto a esto están divididas y el asunto tiene una importancia vital en cuanto atañe a las medidas preventivas, entre las cuales figuran la necesidad de censura en los medios de comunicación y entretenimiento populares, el efecto suscitado en las personas predispuestas, y la política general de los asuntos educativos.

En varios experimentos realizados con mucho cuidado por Berkowitz y sus ayudantes (9, 10) se ha visto que, particularmente en presencia de refuerzos ambientales y en casos en que la agresión parece justificada, no ha podido confirmarse la hipótesis que concierne a la catarsis. Otras investigaciones de Lövaas (15), Bandura, Ross y Ross (7), respaldan las conclusiones de Berkowitz. Aparentemente la violencia dramatizada no es tan inocua, o aún beneficiosa, como los postuladores de la hipótesis de la catarsis mantienen. El efecto reforzante de la violencia presenciada también se muestra interesante para el enfoque subcultural, ya que uno de los mecanismos de la transmisión subcultural de valores y actitudes es sin duda la observación directa de la conducta, algo que en el caso de la violencia y de la agresión la hipótesis de la catarsis parecía contradecir.

La inclinación a la agresividad y a la violencia disminuye con la edad, según han hecho ver Rosenzweig y Rosenzweig (26) con el estudio P-F de los niños. Ciertos factores externos hacen menguar la reacción extrapunitiva de los sujetos normales; otros factores importantes son el desarrollo de controles internos y de la adecuada fortaleza del ego, especialmente si esto se considera en términos de frustración-tolerancia de habilidad para afrontar los factores y las situaciones que producen ansiedad así como de flexibilidad en cuanto a demorar la satisfacción.

La relación de la tendencia a la agresividad con la crianza del niño despierta un gran interés. El conocimiento adecuado al respecto es esencial en vista de la importancia de las relaciones paterno-filiales para el desarrollo general de la personalidad y en vista de la transmisión de elementos y valores culturales y subculturales, así como en cuanto al estudio de la posibilidad de los esfuerzos constructivo-preventivos y de tratamiento mediante la modificación de las actitudes paternas o el establecimiento de figuras paternas alternas de índole positiva. Han efectuado una serie de investigaciones respecto a este tema Bandura y sus asociados (3, 4, 5, 6, 7), Sears (28), Lövaas (14), y varios más. El consenso de opinión plantea por lo visto que la identificación paterna sobre todo en lo que se refiere al padre, desempeña un papel importante en el aprendizaje de patrones de comportamiento agresivo. Sostiene A. Freud (18) y confirman Bandura y Houston (3, 5, 6) que la identificación no es necesaria, ya que la imitación resulta suficiente y adecuada para explicar la transmisión de la conducta que existe entre el adulto clave y el niño. La calidad de la relación paterno-filial también aparenta ser una característica nada esencial, ya que aparentemente el niño imita a los adultos que le prodigan atenciones y a los que no lo hacen. Sin embargo, a la importancia de la relación investida de dependencia y a su debido manejo en la interacción paterno-filial le ha dado énfasis Saul (27) y la ha confirmado el estudio de Bandura-Walters (4) en torno al agresivo adolescente antisocial. El repudio paterno es aparentemente un factor significativo en la etiología de la conducta agresiva y, por lo visto, el rechazo no impide la imitación. Según Bandura y Walters (4), el medio social (cultural o subcultural) dispone el "contenido" del sistema de valores que transmitirá el adulto al niño, pero las condiciones necesarias para la implantación e internación de los valores debe hallarse en el desarrollo de la personalidad del niño individual. Esta cualificación de "personalidad" en la transmisión adulto-infantil de cultura y de valores también es importante para explicar los casos de inmunidad a la transmisión cultural relacionada con el crimen en zonas ecológicas de elevado índice de delitos y en familias delinquentes. A la vez, la selectividad y la calidad muy individualizada del proceso identificación-imitación explica la internación de ciertos aspectos antisociales de los padres y de los adultos que representan algo para los menores en zonas donde no prevalece la violación de la ley y entre familias que no son delinquentes.

Un importante estudio de homicidio en Filadelfia, que llevó a cabo M. Wolfgang (35), favorece la hipótesis de una subcultura de la violencia para explicar la necesidad interna de la agresividad y de la disposición hacia el empleo de la violencia entre individuos que

han cometido delitos de índole agresiva. Wolfgang y Ferracuti (36) han presentado una interpretación de esta hipótesis, en la cual manifiestan que la expresión pública y casi siempre ilegal de violencia y de agresividad forma parte de un sistema normativo subcultural y se refleja en los rasgos psicológicos de quienes forman parte de la subcultura. En el análisis de la documentación de los casos homicidas de Filadelfia, Wolfgang encontró prueba de una creciente especificidad de datos demográficos para el grupo que contaba con el índice más elevado de homicidios criminales. Los varones no blancos entre las edades de 20 y 24 años tenían un índice de homicidios que ascendía a 92 por ciento anualmente (comparado con 3.4 para los varones blancos de la misma edad. Las hembras revelaron consistentemente índices inferiores a los de los varones en sus respectivos grupos raciales: hembras no blancas, 9.3; hembras blancas, 0.4). El grupo violento obtuvo una clasificación casi absoluta de individuos desempleados y de trabajadores no diestros en el nivel ocupacional (35).

La presencia de una subcultura de violencia se ha postulado repetidamente en el análisis de la delincuencia juvenil y la motivación subcultural de la conducta delincuente juvenil ha obtenido amplia aceptación. Un reciente análisis sistemático de la fenomenología de la delincuencia, realizado por Cloward y Ohlin (12), postula a la pandilla violentamente agresiva como una de tres categorías principales de pandillas.

La conducta violenta parece depender más de las diferencias culturales que de las diferencias sexuales, como aparentemente indica la documentación de Filadelfia respecto a los sujetos homicidas (35).

Una investigación de amplio alcance respecto a la hipótesis de la subcultura de la violencia la realizó hace poco el Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Se está efectuando el análisis de los datos. El estudio intenta definir y medir una subcultura de violencia mediante el establecimiento de algunos parámetros para el análisis. En esta tarea es necesario probar las hipótesis respecto a la existencia y la manifestación empírica de un sistema de valores que le impone prioridad al recurso de la violencia en ciertos tipos de interacción personal.

La principal hipótesis plantea que los presuntos representantes de una subcultura de violencia mostrarán notables similitudes psicológicas entre unos y otros, hayan sido o no condenados por asalto criminal, y que diferirán mucho de los representantes de la cultura dominante no violenta aunque estos últimos hayan sido condenados por asalto criminal o no.

El método de investigación utiliza nueve grupos ideales tanto en términos sociológicos como teóricos, escogidos dentro del marco de la cultura de la inviolencia y de la subcultura de la violencia para hacer una selección razonablemente representativa. Los medios psicológicos son 1) la Prueba de Clasificación del Sistema Penal de Ohio; 2) la Prueba Gestalt-Bender de Mecanismo Visual; 3) la Prueba Rorschach; 4) la MAPS; 5) el Inventario Buss-Burkee. El propósito es desarrollar una integrada teoría socio-psicológica de la violencia, especialmente de la agresión de índole criminal, poner a prueba las hipótesis de mediano alcance que brotan de una teoría de la subcultura de la violencia, ampliar la investigación interdisciplinaria en criminología, y establecer una tipología con fines de teoría y terapia (17).

Es obvio que ninguna teoría podrá explicar la variedad de la conducta violenta pública. El enfoque de la subcultura de la violencia ofrece la ventaja, sin embargo, de reunir, en un intento concertado de investigación, ideaciones psicológicas y sociológicas y de explicar la concentración de violencia en específicos grupos socio-económicos y zonas ecológicas.

La subcultura de la violencia debe compartir, en mayor o menor grado, algunos elementos valorativos con la amplia cultura dominante. Las variaciones en la expresión de la violencia deben tomarse en cuenta cuantitativa y relativamente. Para que el concepto de la subcultura de la violencia adquiera validez psicológica, ciertas diferencias psicológicas importantes deben estar presentes, desde luego, en los sujetos que pertenecen a la subcultura. Desde el punto de vista del diagnóstico, pueden emplearse varios indicios e indicadores de carácter psicométrico y de proyección. La misma percepción diferencial de estímulos violentos puede servir de indicador. Shelley y Toch (29) han utilizado con éxito este enfoque en el estudio de la adaptación de delinquentes recluidos en una u otra institución.

Varios de los patrones de conducta subcultural son auto-reforzantes y la sola existencia de ellos tiende a crear apremios y necesidades orientados hacia su perpetración. Por ejemplo, la posesión de armas en el violento ambiente puede hacerse esencial (o así entenderlo el individuo) para la defensa de otros que reaccionan de un modo violento similar en ciertas circunstancias. Llevar un cuchillo o portar un arma de fuego se convierte en un símbolo común en cuanto a querer participar en circunstancias violentas donde se ha de esperar violencia a la vez que se estará listo para reciprocársela. Un reciente estudio de Schultz (30) en torno a la portación de armas por ciudadanos negros sugiere que este hábito se relaciona con el estado de la clase baja

de origen rural sureño que cuenta ya con un expediente criminal en Estados Unidos.

La hipótesis de la subcultura de la violencia no sugiere que los valores de la agresiva violencia los comparte siempre un grupo de edad, sexo o étnica determinados. Una ubicación más precisa de este enlace subcultural se encuentra en subgrupos específicos, pero al parecer esto refleja diferencias en lo de entender la violencia como un mecanismo apto para resolver problemas y no está determinado biológicamente.

Sin embargo, si planteamos la hipótesis de que la adquisición de los valores de la violencia la determina una fase de aprendizaje que se identifica con el temprano acondicionamiento, debemos mantener en mente las diferencias tipológicas que influyen la disposición diferencial y la resistencia al acondicionamiento. Las investigaciones de Lysenck y sus colaboradores, discutidas hace poco por Trasler (33) en relación con la criminología, prestan apoyo a la importancia de las diferencias individuales para el acondicionamiento. Al exponerse a estímulos violentos condicionadores en una determinada situación subcultural, los intravertidos obtendrían valores más eficaces y permanentes que los extravertidos. Se considera que la actitud del sujeto respecto al *continuum* intraversión-extraversión la determinan en parte los factores genéticos. Esta hipótesis aún está por corroborarse, pero le abre un interesante rumbo a la investigación de la psicología diferencial del agresor.

La afiliación subcultural con la violencia parece estar presente en las grandes comunidades urbanas, particularmente entre la población juvenil y adolescente. Sin embargo, puede darse con alguna prueba típica de este fenómeno en las zonas rurales y en los grupos adultos. Por ejemplo, una subcultura de este tipo, muy estructurada, la hay en Cerdeña, en la central zona montañosa de la isla. Pigliaru (24) ha realizado un brillante análisis de la gente de esta zona y de su comportamiento criminal, el cual se conoce como la "vendetta barbaricina".

En Colombia, la bien conocida "violencia" dura desde hace 15 años y ha causado muertes calculadas entre las 2000,000 y las 300,000. El índice de los homicidios ha sido en diversas regiones uno de los mayores en el mundo y la muerte por homicidio era, hasta 1952, la causa principal de la desaparición de varones colombianos entre las edades de 15 y 45 años. Diversas causas, algunas de ellas políticas, que datan desde el comienzo del fenómeno, contribuyen a su perpetuación (8, 30, 32), pero entre ellas la transmisión subcultural desempeña un papel importante. Varios autores han estudiado recientemente "la violencia colombiana" y el gobierno nacional ha iniciado

una planeada actividad de objetivos preventivos directamente en las zonas involucradas con la violencia e indirectamente entre algunos de los huérfanos oriundos de esos alrededores.

De interés particular en la discusión de la violencia y de la agresividad resulta el análisis de su tratamiento. Poco se puede encontrar en los informes publicados al respecto, y los únicos autores que han debatido el problema más o menos a fondo son Bandura y Walters (4). Es obvio que en cualquier programa de tratamiento la importancia de la identificación o imitación paternal (o adulta) debe mantenerse en mente junto con la posibilidad de la transmisión cultural o subcultural, ambientalmente, de los valores que orientan hacia la violencia. El problema variará de acuerdo con la edad del individuo, la calidad de su ego, la presencia de anomalías concomitantes físicas o psicológicas, que tal vez requieran una atención previa y determinen el tipo de tratamiento que el individuo amerita. La agresividad evoca la antiagresividad de parte del mundo adulto y de quienes administran el tratamiento, lo cual crea un reforzante círculo vicioso que debe deshacerse con tal de hacer "aprender" los valores no agresivos o para que el individuo mismo los traiga a cuenta. La amistad y el interés continuos, junto con la presencia de aceptables elementos adultos como sustitutos, son probablemente los mejores recursos terapéuticos. En muchos casos la conducta violenta exige el envío del individuo a una institución apropiada y esto, aunque negativo a causa de los bien conocidos aspectos coartativos y artificiales de la "sociedad" dentro de una institución cerrada, permite ejercer dominio absoluto del ambiente y crear una comunidad terapéutica de franca oposición a la violencia y más fácil de dominar. Los encargados de la institución, por medio de su continua presencia, pueden ejercer una consistente influencia terapéutica. De vez en cuando, las subculturas "violentas" surgirán dentro de la propia institución, pero por lo regular no es difícil identificarlas, aislarlas y desbandarlas.

Esta ponencia ha mostrado, según esperamos, que el problema de la etiología y del tratamiento de la violencia están lejos de una solución. Sólo podemos subrayar la falta de investigaciones que hagan hincapié en la necesidad de un enfoque interdisciplinario para procurar llegar a la integración de los aspectos más sobresalientes de los diversos enfoques y de las variadas hipótesis. Este fenómeno trágico y problemático merece nuestra atención cabal.

## BIBLIOGRAFIA

- ( 1 ) Alexander, F.: "The psychiatric aspects of war and peace", *Amer. J. Sociol.*, 1941, 46, 504-520.
- ( 2 ) Ardrey, R.: *African Genesis*, Atheneum, New York, 1961.
- ( 3 ) Bandura, A.: "Social learning through imitation", ponencia presentada ante el simposio de Motivación efectuado en Nebraska, 1962, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska, 1962.
- ( 4 ) Bandura, A. y Walters, R. H.: *Adolescent Aggression*, The Ronald Press Co., New York, 1959.
- ( 5 ) Bandura, A. y Huston, A. C.: "Identification as a process of incidental learning", *J. Abnorm. soc. Psychol.*, 1961, 63, 311-318.
- ( 6 ) Bandura, A., Ross D. y Ross, S. A.: "Transmisión de agresión through imitation of aggressive models", *J. Abnorm. soc. Psychol.*, 1961, 63, 575-582.
- ( 7 ) —, "Imitation of film-mediated aggressive models", *J. Abnorm. soc. Psychol.*, 1963, 66, 1, 3-11.
- ( 8 ) Benalcázar Saavedra, E. y Martínez Rave, G.: "Violencia política en Colombia". Memorias del Duodécimo Curso Internacional de Criminología. *The Causation and Prevention of Crime in Developing Countries*, Vol. II, Segunda Parte, 358-370, Jerusalem, 1963.
- ( 9 ) Berkowitz, L.: *Aggression*, McGraw-Hill, New York, 1962.
- (10) —, "The effects of observing violence", *Scientific American*, 1964, 210, 2, 35-41.
- (11) Buss, A. H.: *The Psychology of Aggression*, Wiley and Sons, New York, 1961.
- (12) Cloward, R. A. y Ohlin, L. E.: *Delinquency and Opportunity*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1960.
- (13) Dollard, J., Doob, L. W., Miller, N. E., Mowrer, D. H., Sears, R. R., Ford, C. S., Hovland, C. I., Sollenberg, R. T.: *Frustration and Aggression*, Yale University Press, New Haven, 1939.
- (14) Lövaas, O. I.: "Effect of exposure to symbolic aggression on aggressive behavior", *Child Development*, 1961, 32, 37-44.
- (15) —, "Interaction between verbal and nonverbal behavior", *Child Development*, 1961, 32, 329-336.
- (16) Ferracuti, F.: "La personalit  dell'omicida", *Quaderni di Criminologia Clinica*, 1961, 3, 419-456.
- (17) Ferracuti, F. y Wolfgang, M. E.: "Design for a proposed study of violence", *The British J. of Criminology*, 1963, 2, 377-388.
- (18) Freud, A.: *The Ego and the Mechanisms of Defence*, Hogarth, London, 1937.

- (19) Glueck, S. y Glueck, E.: *Physique and Delinquency*, Harper and Brothers, New York, 1956.
- (20) Guzmán, C. G., Umaña Luna, E. y Fals Borda, O.: *La Violencia en Colombia. Estudio de un Proceso Social*, Tomo I, Segunda Edición, Tercer Mundo, Bogotá, 1962.
- (21) Hartmann, H. Kris, E. y Lowenstein, R.: "Notes on the theory of aggression", *Psychoanal. Study Child*, 1949, 3, 9-36.
- (22) McNeil, E. B.: "Psychology and Agression", *The J. of Conflict Resolution*, 1959, 3, 195-293.
- (23) Menninger, K.: *Love Against Death*, Harcourt, Brace and World, New York, 1942.
- (24) Pigliaru, A.: *La Vendetta Barbaricina Come Ordinamento Giuridico*, Giuffrè, Milano, 1959.
- (25) Rosenzweig, S.: "An outline of frustration theory", en McV. Hunt (Ed.), *Personality and the Behavior Disorders*, New York, Ronald Press, 1944.
- (26) Rosenzweig, S. y Rosenzweig, L.: "Aggression in problem children and normals as evaluated by the Rosenzweig P-F Study", *J. Abnorm. soc. Psychol.*, 1952, 47, 683-687.
- (27) Saul, L. S.: *The Hostile Mind*, Random House, New York, 1956.
- (28) Sears, R. R.: "Survey of objective studies of psychoanalytical concepts", *Bulletin* 51, New York, 1943, Social Science Research Council.
- (29) Shelley, E.L.V. y Toch, H. H.: "The perception of violence as an indicator of adjustment in institutionalized offenders", *The J. of Criminal Law, Criminol. and Police Science*, 1962, 53, 4, 463-469.
- (30) Schultz, L. G.: "Why the negro carries weapons", *The J. of Criminal Law, Crim. and Police Sci.*, 1962, 53, 4, 476-483.
- (31) Scott, J. P.: *Aggression*, The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1958.
- (32) Torres Restrepo, C.: "La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas", *Memoria del Primer Congreso Nacional de Sociología. Asociación Colombiana de Sociología*, Bogotá, 1963, 95-152.
- (33) Trasler, G.: *The Explanation of Criminality*, Routledge Kegan Paul, London, 1962.
- (34) Waelder, R.: "Critical discussion of the concept of an instinct of destruction", *Bull. Phila. Ass. Psychoanal.*, 1956, 6, 97-109.
- (35) Wolfgang, M. E.: *Patterns in Criminal Homicide*, Philadelphia, 1958, University of Pennsylvania Press.
- (36) Wolfgang, M. E. y Ferracuti, F.: "Subculture of violence. An interpretative analysis of homicide", *Annales Internationales de Criminologie*, 1962, I, 52-60.